

# Presentación de la edición crítico-histórica de *Santo Rosario* en la iglesia de Santa Isabel (Madrid)

A finales de 2010, en la colección de Obras Completas de Josemaría Escrivá de Balaguer, la editorial Rialp publicó la edición crítico-histórica de *Santo Rosario*, segundo tomo de la primera serie de la colección. La edición ha sido preparada por Pedro Rodríguez, Constantino Áncel y Javier Sesé, por encargo del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer. Además del texto del libro, que fue publicado por primera vez como folleto en 1934, el volumen contiene una extensa introducción, un rico aparato de notas críticas y comentarios, un apéndice iconográfico con las ilustraciones de las sucesivas ediciones del libro y un elenco de todas las ediciones, desde aquella primera española de 1934 hasta la edición árabe de 2010, la segunda en este idioma.

*Santo Rosario* es el fruto de una meditación particularmente intensa de los misterios del Rosario que realizó san Josemaría un día de diciembre de 1931, tras celebrar la Santa Misa en la iglesia del Patronato de Santa Isabel, en Madrid. De hecho, fue escrito de un tirón, prácticamente en su integridad, aquel día en aquella iglesia. El autor añadiría sólo, unos años después, unos pocos párrafos.

En el sugestivo marco de la iglesia de Santa Isabel, la misma en la que el libro nació, ha tenido lugar, el 27 de enero de 2011, un acto de presentación de esta edición crítico-histórica. En el acto, presidido por el arzobispo de Madrid, Card. Antonio María Rouco, tomaron la palabra, además de él, el director del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, Prof. José Luis Illanes; el Prof. Miguel Ángel Garrido Gallardo, catedrático de Teoría de la Literatura; y el Prof. Pedro Rodríguez, director de la edición.

Se recogen a continuación sus intervenciones.

## INTERVENCIÓN DEL PROF. JOSÉ LUIS ILLANES

Como director del Instituto Histórico debo, ante todo, dar las gracias al cardenal arzobispo de Madrid, Mons. Rouco, por estar aquí presente y cerrar el acto con su intervención; dar las gracias también a la comunidad de Agustinas Recoletas, en cuya iglesia nos encontramos, una iglesia que evoca tantas cosas, como el señor cardenal acaba de recordar hace un momento, muy relacionadas con el libro que ahora presentamos.

Pienso que la función que como director del Instituto Histórico me corresponde es situar la presente edición de *Santo Rosario* en el contexto del trabajo del Instituto como tal. Y me ha parecido que podía comenzar evocando el acto académico de presentación de la edición crítico-histórica de *Camino*. Ese acto tuvo lugar también aquí en Madrid, aunque en una sala diversa. El autor de esa edición crítico-histórica, que apareció en el año 2002, era también el profesor Pedro Rodríguez. Y fue el primer libro de la colección de Obras Completas o, para ser más exactos, de la colección en edición crítico-histórica de las Obras Completas de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Ahora nos reunimos de nuevo, ocho años después, para presentar el segundo volumen de esa colección. De ahí que tal vez sea oportuno comenzar respondiendo a una pregunta: ¿por qué ha pasado tanto tiempo desde el primer volumen al segundo de la colección? Para valorar este hecho y a la vez situar la colección y el libro que presentamos, ayuda saber que el profesor Pedro Rodríguez ya preparaba la edición crítica de *Camino* desde 1997, antes por tanto de constituirse el Instituto Histórico. Cuando éste se estableció en el año 2001, por erección del prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, una de las principales tareas encomendadas fue la de publicar la colección de Obras Completas del fundador del Opus Dei en edición crítica. Se pensó entonces, lógicamente, que la edición de *Camino* iniciara la colección, también teniendo en cuenta que de la comisión coordinadora de esas Obras Completas formaba parte el profesor Pedro Rodríguez.

Pasar de un primer libro, trabajado durante varios años por un gran investigador, como es el profesor Pedro Rodríguez, a una colección ya estructurada requería una serie de trabajos previos. Hacía falta analizar los fondos documentales sobre los escritos de san Josemaría, tarea en la que intervine yo, junto con otros profesores como el mismo Pedro Rodríguez, el doctor José Antonio Loarte, que vive y trabaja en Roma, etc. Con ese fondo a la vista, muy pronto pudimos llegar a una sistematización de los escritos de san Josemaría, elaborando el elenco de secciones de la colección que apareció

ya en la edición crítica de *Camino* y ahora en la de *Santo Rosario*. Pero ese primer paso –la enumeración de series– abría el camino a otros trabajos que habrían de precisar el contenido de cada una de esas series, tomar plena conciencia del material del que se disponía, etc. Y todo eso requirió un tiempo ulterior no pequeño. Fue en ese momento, ya avanzadas esas tareas, cuando el profesor Pedro Rodríguez decidió asumir, acudiendo a la colaboración de los profesores Constantino Ánchel y Javier Sesé, el desafío de acometer la edición de *Santo Rosario*.

Es así, después de un trabajo exhaustivo, como suelen ser los que el profesor Rodríguez realiza, como se ha podido llegar a la edición en el año 2010 del segundo volumen de la colección.

El tiempo transcurrido ha permitido sentar las bases no solo de *Santo Rosario*, sino de otras publicaciones. Y en el Instituto Histórico esperamos que a partir de ahora la sucesión de ediciones científicas de las diversas obras de san Josemaría vaya a un ritmo alto. De hecho en este momento se está trabajando en cuatro obras: *Conversaciones*, *Es Cristo que pasa*, *La Abadesa de las Huelgas* y un volumen en el que se recogerá el conjunto de discursos académicos pronunciados por san Josemaría, sea cuando fue nombrado doctor honoris causa en Zaragoza, sea en diversos actos académicos en Pamplona, sea ante Pablo VI en la inauguración del Centro Elis en Roma, sea cuando fue nombrado hijo adoptivo de Barcelona y de Pamplona y recibió la Medalla de Oro de Barbastro. Si los planes trazados se cumplen, esperemos que a partir de ahora puedan ir apareciendo nuevos volúmenes con una cadencia anual.

Pero quería referirme también a la edición que presentamos, aunque sea brevemente, porque serán las intervenciones posteriores, la del profesor Garrido, la del propio profesor Pedro Rodríguez –que narrará su trabajo y cómo ha concebido él la obra–, y la del señor cardenal, las que entrarán más a fondo en el tema.

Quiero dejar constancia de la alegría que representa para el Instituto Histórico el que la segunda de las obras que se publican en la colección de las Obras Completas sea precisamente *Santo Rosario*. Es de hecho la segunda y en algunos aspectos la primera –pues en parte antecede a *Camino* en el tiempo– de las obras de san Josemaría. Son dos libros de historia paralela. La primera redacción de *Santo Rosario* y su primera publicación a velógrafo es anterior a *Camino*; la edición definitiva de *Camino* tendrá lugar en 1939; la de *Santo Rosario*, en 1945. En ese sentido la publicación de *Santo Rosario* cierra la primera fase en la producción literaria-espiritual de san Josemaría. De ahí la satisfacción que produce la publicación de este libro, que permite colocar ante los

estudiosos dos obras que hacen posible el acercamiento profundo a la ya rica vida espiritual de san Josemaría en los años treinta, a los inicios de su vida literaria y, lo que es más, de la vida misma del Opus Dei, con la que ambas obras –*Santo Rosario* y *Camino*– están íntimamente relacionadas.

No quiero dejar de manifestar de nuevo mi satisfacción ante el hecho de que este encuentro se celebre precisamente en el Real Monasterio de la Visitación y de Santa Isabel, confiado a las Agustinas Recoletas. Fue aquí, como el profesor Rodríguez podrá comentar con más detalle, donde san Josemaría redactó la primera versión de *Santo Rosario*. En cierto sentido, nos retrotraemos al año 1931, cuando tuvo lugar ese hecho, es decir, a un periodo clave de la vida de san Josemaría, que reviviremos con las próximas intervenciones. Tengo la alegría de estar en este monasterio, ligado por tantos eventos a la historia de san Josemaría. Son sucesos que han narrado los diversos biógrafos del fundador del Opus Dei; con especial detalle, la profesora Beatriz Comella, aquí presente, en la monografía *Josemaría Escrivá de Balaguer en el Real Patronato de Santa Isabel de Madrid (1931-1945)*, recientemente publicada.

Como dije al principio, eran dos los puntos que me parecía que debía tratar en mi intervención: situar *Santo Rosario* en el contexto de la colección de las Obras Completas y, de esa manera, indirectamente, en el contexto de la producción de san Josemaría, y manifestar la satisfacción del Instituto Histórico por la aparición de la presente obra, formulando a la vez la promesa de continuar trabajando en esta línea para que los dos volúmenes (*Camino* y *Santo Rosario*) que inician la colección de Obras Completas sean seguidos por otros. No sé si conseguiremos que estén a la altura de los del profesor Rodríguez, aunque lo intentaremos en memoria de san Josemaría y en servicio de la Iglesia universal.

Muchas gracias.

#### INTERVENCIÓN DEL PROF. MIGUEL ÁNGEL GARRIDO GALLARDO

La cuestión que ahora abordaré es la de qué significa literariamente la obra escrita de san Josemaría y, en concreto, dentro de esa producción, *Santo Rosario*. La primera cuestión que se plantea es qué es eso de la *literatura espiritual*, género al que me parece que pertenece. Incluso inmediatamente se suscita la pregunta de qué es literatura. Si yo fuera mi amigo Kurt Spang, catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de Navarra, tendría la respuesta muy clara, pero el caso es que yo mismo no sé bien qué

es. Porque la literatura (luego hablaremos de *literatura espiritual* y, después, de *Santo Rosario*) se *da* en un acto de comunicación con independencia de la voluntad del autor, en el que puede ser contradicha por carta de más o de menos. Lo ilustraré con una anécdota. El profesor Ignacio Bosque, ilustre coordinador de la magna *Nueva Gramática de la Lengua Española*, que tanto está dando que hablar, se encontraba hace muchos años en la clínica donde había sufrido una intervención quirúrgica. La enfermera ha terminado de practicarle una cura, sale y vuelve a entrar inmediatamente. –*Me he ido y dejado la presencia*, dice. Y Bosque pregunta: –*¿Salinas?* –*No*, responde, *que la supervisora me abronca si no apago la presencia al salir de cada habitación, de modo que pueda saber que estoy de nuevo disponible*. (La *presencia* es el interfono que indica dónde está la enfermera en cada momento).

La hiperlectura de Ignacio Bosque, atribuyendo el enunciado al gran poeta Pedro Salinas, se produjo porque casualmente se trataba de un académico culto, porque casualmente le salió una distribución acentual a la enfermera que permitía esa interpretación y, además, porque casualmente la selección léxica no le resultó tampoco nada mal.

Pues bien, aunque los autores de literatura espiritual no quisieran hacer deliberadamente literatura, la literatura espiritual es una parte importantísima de la historia de nuestra literatura, de la historia de nuestra cultura. En la *Antología de literatura espiritual española* de Pedro Sainz Rodríguez, se catalogan más de tres mil libros, la mayoría de ellos espléndidos, empezando por los de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. Y sin embargo, la consideración cultural de la literatura espiritual ha desaparecido casi enteramente en nuestros días, por dos razones.

La primera, porque a partir de los siglos XVII y XVIII, este tipo de cuestiones religiosas se tratan o bien desde el punto de vista apologético, o bien desde el punto de vista de la investigación teológica, o bien desde la pura oratoria, en el sermón. Pero también se ha perdido porque, desde hace un siglo aproximadamente, se ha disparado la apreciación de los críticos que dividen toda la literatura en *ficción* y *no ficción*. Es así que la literatura espiritual no es *ficción* (poema, novela), pero tampoco es *no ficción* (historia, ensayo), pues se prescinde de ella.

Este error de percepción ha dejado en penumbra un vasto espacio de nuestra cultura, ya que, con que solamente nos fijemos en la producción de literatura espiritual española del siglo XX, encontramos un volumen mucho mayor que el correspondiente a tantos otros géneros que podríamos señalar. Hablo de Martín Descalzo y de José María Cabodevilla y, desde luego, de

los millones de ejemplares de *Camino* de san Josemaría Escrivá o del millón largo de ejemplares editados y vendidos de su *Santo Rosario*. Es decir, en la realidad de nuestra sociedad, resulta que la literatura espiritual –eso que Pedro Sainz Rodríguez llamaba *literatura espiritual*, obras con interés, de contenido religioso– está absolutamente presente. Y dentro de esa *literatura espiritual* ocupa un lugar singular, como he apuntado, la obra escrita de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

En algún momento he reflexionado más detenidamente sobre *Camino*, *Surco y Forja*, una trilogía cuyo núcleo redaccional está ya todo en *Camino* y que pertenece al género literario de la *máxima*, recurso muy frecuente en la literatura religiosa. De alguna manera, cuando hace muchos años *L'Osservatore Romano* llamaba a *Camino el Kempis de los tiempos modernos*, lo ponía en relación con el libro de máximas religiosas por antonomasia, el atribuido a Tomás de Kempis, que habitualmente formaba parte de la biblioteca de la casa. Me decía el otro día Olegario González de Cardedal que le parecía muy sorprendente que toda su generación haya leído el *Kempis* y que la siguiente lo tenga en su biblioteca, mientras que la actual no sabe de qué se trata (me parece que esto abona la interpretación de que ese limitarse a la dicotomía *ficción/no ficción* de la crítica tiene que ver no solamente con un error de percepción, sino con algo más profundo: el abandono del fondo religioso tras el proceso acelerado de secularización heterodoxa ocurrido a lo largo de la historia europea del siglo XX).

Insisto. Se ha hecho desaparecer todo un género con el que –desde el punto de vista de la sociología de la distribución– muy pocos resisten parangón. Por ejemplo, la novela titulada *El nombre de la rosa*, publicada en 1981 por Umberto Eco, no ha llegado a vender los millones de ejemplares de *Camino*. Sin ir más lejos.

Dentro de la producción del fundador del Opus Dei, que engloba la trilogía mencionada, los libros de homilias *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*, y otros muchos escritos de tipo pastoral, *Santo Rosario* ocupa un lugar muy singular. Primero, hay que decir que *Santo Rosario* es un folleto mínimo. Como decía san Josemaría, un *folletico*, unas líneas, aunque ustedes vean ahora ese grueso volumen editado por Pedro Rodríguez, porque don Pedro tiene una capacidad especial para confeccionar ediciones críticas exhaustivas.

Pero, discursivamente, este folleto es enormemente interesante porque, como recuerda el profesor Antonio Vilarnovo, pertenece a ese género de discurso en el que decir es hacer. En general, tendemos a pensar que decir es referirse a algo externo al lenguaje mismo: decimos algo de algo. Pero

decir es, a la vez, también hacer. Si yo digo: *me molesta la luz*, y me apagan los focos que están dirigidos a mis ojos, no he dicho, sino hecho: influir sobre los que controlan la iluminación para que deje de molestarme. Pero no sólo es eso. Hay discursos que son puras acciones. Por ejemplo, *prometer*. A mi enunciado *prometo tal cosa*, no se puede responder, como a cualquier dicho: es verdadero o falso. Si yo digo que el techo es azul, sí se me podría responder: *verdadero* o *falso*. Pero si yo digo: *prometo que voy a acabar en cinco minutos*, el enunciado no es ni verdadero ni falso, porque no he dicho, sino que he hecho la acción de emitir una promesa. No es posible inquirir por la veracidad, sino por el cumplimiento (¿lo hará?, ¿no lo hará?).

Pues bien ¿qué pasa con este folleto, convertido deliberadamente por san Josemaría formalmente en *librito*, porque le parecía, con ese sentido práctico tan suyo, que podría tener de este modo mucha más repercusión? (así lo deduzco de la lectura de la edición que dirige Pedro Rodríguez). Lo que ocurre es que el libro no dice, sino hace. ¿Qué hace? Dos cosas: primero, exhorta al posible interlocutor, al posible lector –hombre adulto– a introducirse en una experiencia espiritual (como *niño amigo*); y segundo, comparte con él la experiencia. Desde el punto de vista literario, el procedimiento es el mismo de la literatura fantástica al estilo de *Alicia en el país de las maravillas*, o *Narnia*.

Cada misterio está compuesto de un resumen de la escena, tomada de los Evangelios y la tradición de la Iglesia. Aunque en muchos casos tal resumen no estaba inicialmente previsto así, y se añadió para darle cuerpo al libro, la verdad es que el haberlo incorporado resulta muy acertado para su uso actual, cuando mucha gente no tiene en la cabeza la escena evangélica en la que se tiene que introducir. En ese momento, san Josemaría, el autor, la persona de carne y hueso, resume un relato de los Evangelios para un lector cualquiera que se pueda acercar al libro. Pero ya no se le dice nada más, sino que se hace. Se invita: comparte mi experiencia (*Yo... soy un criadito basto. Tú eres [...] lo que quieras*). Al final de la escena, lo que queda es un afecto, un propósito, un arrepentimiento, una inspiración, es decir, una experiencia de oración.

El folleto *Santo Rosario* es –desde el punto de vista de la comunicación– una estrategia discursiva por la que una serie de *experiencias* de san Josemaría –muy sencillas, muy fundamentales– se comparten con el lector (o la lectora) que se atreva a la aventura.

Son, en efecto, experiencias pocas y sencillas de vida cristiana. Pero, como avisó Erich Auerbach, el hecho de la Encarnación del Hijo de Dios

introduce en la historia de la cultura una dimensión nueva: la literatura ya no está reservada solamente para las acciones de los héroes y superhombres, porque sabemos ahora que toda dimensión humana auténtica entraña un valor público e infinito.

*Si quieres, introdúctete conmigo en esta escena del Santo Rosario y comparte la experiencia conmigo.* A partir de aquí se construye el folleto. No hay tantos libros en la historia de la literatura espiritual, me parece, que estén compuestos así. Me atrevo a decir que es el gran hallazgo. Después, ciertamente, el autor y los lectores saldrán de esa experiencia y estarán en la calle de un modo nuevo.

Voy a terminar, pero no puedo hacerlo sin mencionar un detalle lingüístico curioso. El autor, que está en el presente histórico de las escenas, que son de entonces y son eternas, habla fuera de ellas con el lenguaje de los años treinta en que escribe. Basta con fijarse en el prólogo «al lector», donde nos dice que estas líneas son «para hombres muy barbados y muy... hombres [...] y no para mujercillas» (término éste de *mujercillas*, que sustituye a *beatas* de la primera redacción), para comprender que el autor iba contra el prejuicio, tan frecuente entonces, de que las devociones no son *cosa de hombres*, sino de mujeres (*beatas* en la tercera acepción, normalmente irónica, del Diccionario de la RAE). A propósito, por si fuera poco, no cabe duda de la lejanía lingüística que la revolución feminista, también la positiva, ha introducido en este campo semántico, cuando san Josemaría *empeora* las cosas, sustituyendo, como acabamos de decir, *beata* por *mujercilla*.

Que *viril* era adjetivo ponderativo (y no significaba solamente *condición de varón*) y *femenil* lo era peyorativo (más allá de significar *condición de mujer*) está muy claro. Por ejemplo, Alberto Jiménez Frau, director de la Residencia de Estudiantes, modelo y espejo de la educación laica del momento, menciona la *virilidad* como virtud en la que su institución forma.

De todas maneras, aquí se ve con especial claridad que la cuestión mencionada es de diccionario y no de concepto, si caemos en la cuenta de que la edición de *Santo Rosario* se encomendó al inicio precisamente a unas mujeres del Opus Dei que organizaban la editorial Minerva, empresa a título personal que no tuvo luego continuidad.

En conclusión: no he querido omitir la consideración de este detalle para evitar que haya alguna persona que quede enganchada en el anacronismo. Mas lo importante es, sin embargo, lo dicho, o sea, que el autor, san Josemaría, que muestra gran capacidad en el arte de componer (como ha estudiado el profesor Pedro Rodríguez) y que domina un discurso pleno de



sencillez, nos deja una invitación, que (hoy como ayer) sigue siendo igualmente válida, para tener una experiencia de oración, la que él tuvo en un momento dado en este Real Monasterio en el que hoy nos hemos reunido.

He aquí cuanto se me ocurre decir sobre el carácter de *Santo Rosario* y su genuina condición en el conjunto de la producción de san Josemaría. Pasar más adelante nos llevaría a una glosa interesante, pero que no podría mejorar de ninguna manera la que se puede ver en el propio texto de la edición que presentamos.

#### INTERVENCIÓN DEL PROF. PEDRO RODRÍGUEZ

Algo trataré de decir después de escuchar las dos magníficas intervenciones que me han precedido: una, la del Prof. Illanes, situando el proyecto y el horizonte de la colección de Obras Completas de san Josemaría, cuyo segundo volumen hoy se presenta; la otra, la del Prof. Garrido Gallardo, hablándonos de Escrivá de Balaguer como escritor y analizando *Santo Rosario* con una profunda comprensión literaria del texto, que me ha sido sumamente útil, como ustedes podrán comprobar, cuando entre en el contenido propio de mi intervención.

Pero debo, primero, subrayar lo que ha recordado el cardenal Rouco Varela al darme la palabra: que esta edición crítica es una tarea realizada por tres autores. Después de la edición de *Camino* y, ya en marcha el proyecto de Obras Completas –como ha explicado el Prof. Illanes–, vi claro que la edición de *Santo Rosario*, que ya tenía en elaboración, debía hacerse en equipo, porque el trabajo pide una dedicación fuerte, que es bueno compartir. Así lo propuse al Instituto Histórico San Josemaría, a la vez que daba los nombres de los otros miembros del equipo: uno de ellos, el joven investigador Federico Requena, pronto hubo de dejarlo por su traslado a Roma. De hecho los que trabajaron conmigo fueron Constantino Ánchel, un gran conocedor de la vida y la documentación de san Josemaría, que tanto me había ayudado ya en la edición crítica de *Camino*, y Javier Sesé, experto investigador y docente de Teología Espiritual en la Universidad de Navarra.

Quiero ahora agregar que una de las cosas que supimos, al investigar las fuentes de nuestro trabajo, era que el Autor del *folletico* –así llamaba san Josemaría a *Santo Rosario*, como ha recordado el Prof. Garrido– quiso desde el principio que, si se imprimía, la edición fuera ilustrada. Esa es la razón de la fuerte presencia, en nuestra edición crítico-histórica, del tema de las ilustraciones, que nos

ha brindado, incluso, el diseño estructural del libro. La edición crítica, en efecto, adopta en su secuencia la misma disposición que tiene la edición de Minerva (1945), que el Autor siguió paso a paso, agregando nuevos textos al *tirón* de Santa Isabel y escribiendo el hoy tan interesante *prólogo de Fátima*, como se explica detenidamente en la Introducción General del libro. Fue entonces cuando pudo conseguir eso que quería desde el principio: que fuera una edición ilustrada. Encargó las ilustraciones a Luis Borobio, un estudiante de Arquitectura, que aún no tenía 20 años y era residente en el Colegio Mayor Moncloa. La ampliación del texto que hizo el Autor y las abundantes ilustraciones hicieron que las cuartillas originarias pasaran a ser un pequeño, pero hermoso libro de ciento cincuenta páginas: la edición de Minerva, que ha sido emblemática y normativa para nuestro trabajo. Todo esto, como les decía, lo pueden ver en la Introducción. Si yo lo traigo aquí a colación es para dar, al Prof. Garrido Gallardo, alguna razón que justifique el *grosor* de esta edición crítica, que estimo aceptable, pues no llega, parece claro, al de la edición crítica de *Camino*.

Pero vengamos ya al libro, cuya edición crítico-histórica se presenta aquí, en este Real Monasterio; al texto como tal, al texto escrito a pocos metros de esta tribuna. Ustedes saben que lo fundamental que hacen quienes trabajan en una edición de este tipo –así, al menos, lo veo yo en mi experiencia– es aprender cosas que antes no sabían, o no sabían fundadamente; pero que deseaban saber, saber con fundamento. Por eso, el libro refleja sin duda lo que hemos investigado y estudiado, pero sobre todo lo que hemos aprendido al investigar y estudiar. En este sentido, la edición crítico-histórica de *Santo Rosario* es un intento de *contar* a los lectores y compartir con ellos lo que habíamos aprendido gozosamente.

Saber con fundamento, aprender, decía. Más en concreto, yo, personalmente, deseaba compulsar y disfrutar, sobre los documentos históricos, lo que había oído contar al propio san Josemaría –en su estilo, con medias palabras– acerca de aquellas cuartillas que escribió *de un tirón* en Santa Isabel. Mi pregunta interior era ésta: ¿por qué san Josemaría escribe de manera tan decidida y sin pausa aquellas páginas? ¿Qué busca, qué quiere, para qué escribe con aquella urgencia?

La respuesta vino, una vez más, del propio Autor. Entre los papeles del Archivo General del Opus Dei en Roma se encuentran, cosidos el uno al otro, dos documentos: el texto manuscrito –¡ahí es nada!– del *tirón* de Santa Isabel y una carta, una carta a su director espiritual, P. Valentín Sánchez Ruiz S.J., al que solía mandar sus escritos para contrastar que no había errores doctrinales. Hay un párrafo en esta carta en el que me parece se encuentra

la respuesta formal a los interrogantes planteados: «Le mando estas cuartillas –dice al jesuita– para que haga el favor de decirme si sería conveniente tirarlas a velógrafo con el fin de empujar a nuestros amigos –san Josemaría subraya *nuestros amigos*–, por el camino de la contemplación» (velógrafo: el precedente en los años 30 del pasado siglo de lo que sería la multicopista de los años cincuenta y la impresora de nuestra época).

Esto es capital. Esto es lo que buscaba san Josemaría cuando aquel día después de la acción de gracias de la Misa se puso a escribir *Santo Rosario*. En aquel contexto histórico aquello era revolucionario. Los contemplativos eran los monjes, los miembros de las órdenes contemplativas. En todo caso, el tema parecía reservado para algunos otros religiosos muy observantes. Y, sin embargo, san Josemaría está hablando al P. Sánchez Ruiz de «nuestros amigos»: de los universitarios que con él estaban, que trataba y conocía, a los que guiaba y proponía el horizonte de la santificación de la vida ordinaria: esos son, en la carta, los amigos de san Josemaría en 1931. Leído esto *hoy*, se ve claro que el Autor escribe aquellas páginas para ayudar a quienes *hoy* lo lean a adentrarse en «el camino de la contemplación», es decir, en una forma íntima y profunda, directa, orante y adorante, de mirar y tratar al Señor. En esta clave, a mi parecer, se entiende línea por línea *Santo Rosario*.

Fíjense qué interesante es este párrafo que sigue al anterior: «Los misterios gozosos» –el manuscrito tiene, claro está, las tres partes del Rosario– «son los que les daría porque los otros están desenfocados. Hay demasiado entendimiento». Ésta palabra («entendimiento») es un término clásico en la gran tradición espiritual, para indicar que en el relato se *razona* demasiado y no se deja espacio suficiente al corazón y a la mirada contemplativa. Por supuesto, Sánchez Ruiz no hizo ni caso de esta observación y le pidió que publicase los quince misterios. La realidad es que esas otras dos partes de su comentario están llenas de la misma intencionalidad galopante hacia la contemplación. Eso es lo que hemos visto, paso a paso, al hacer el análisis crítico de los misterios dolorosos y gloriosos.

Esta intencionalidad contemplativa del Autor puede ser mejor comprendida por el lector –aparte de su personal experiencia leyendo *Santo Rosario*– si lee el texto tal como se dispone en la edición que presentamos. Allí se discierne en todo momento algo que es fundamental para situarse ante el libro tal como hoy lo tenemos. Me refiero a distinguir entre el *tirón* de Santa Isabel (a doce metros detrás de esta tribuna está el *paso* hacia la sacristía, donde lo escribió san Josemaría) y los nuevos textos que agregó en el año 1945. Yo, personalmente, no sabía nada de esto hasta que me metí en la edición crítica. Había

hecho oración y rezado con *Santo Rosario*, desde mis ya lejanos tiempos de estudiante universitario y muchas de sus frases están grabadas, indelebles, en mi espíritu. Pues bien, lo que el Autor añade al texto en la edición de Minerva el año 1945 es casi un 30% del texto actual. Es una buena cantidad. Pero precisamente, al ver qué es lo que agrega, es cuando se comprende, con una nueva profundidad, eso que está en la mente de san Josemaría cuando escribe el texto de Santa Isabel y explica al P. Sánchez Ruiz por qué lo ha escrito.

Entonces, cuando se lee en la edición crítica el texto del *tirón* y lo agregado para la edición de Minerva, se comprende el carácter determinante que tiene y sigue teniendo en el seno del libro el «tirón» de Santa Isabel. Porque te das cuenta de algo evidente pero que hay que explicitar: san Josemaría, cuando aquí, en Santa Isabel, escribe lo que escribe y con esa finalidad que hemos comentado, presupone en todo momento que «nuestros amigos» –es decir, los lectores del texto a velógrafo– son un hombre o una mujer que reza el Rosario y que conoce por tradición la Historia Sagrada, el Rosario, las escenas, los misterios. Así me pasaba a mí, y me imagino que a muchos de ustedes, que habíamos rezado de niños el Rosario en casa con nuestros padres, y se iban incorporando los más pequeños, cuando ya estaban en condiciones de unirse al Rosario. Quiero decir que los misterios y sus escenas eran algo conocido en la tradición católica de los años treinta, en la que vivía el Autor. ¿Qué hace san Josemaría entonces, en Santa Isabel? Quiere meter, al que ya conoce los misterios y reza el Rosario, a contemplarlos, a contemplar las escenas de los misterios, que era lo que no hacíamos. En esos rezos familiares, los chavales rezábamos las diez Avemarías esperando a que llegara pronto el Gloria...

San Josemaría, desde este patrimonio cristiano, que presupone y asume, va a la contemplación, salta a la contemplación. Cuando uno ve los textos que agrega en la edición de Minerva y lo que ya viene de Santa Isabel, uno advierte enseguida qué es lo que ocurre: san Josemaría se da cuenta de que, si se amplía a miles el número de lectores, habrá muchos a los que hay que explicar bien las escenas bíblicas para poderlas contemplar.

En Santa Isabel, el Autor y el texto están ya dentro de la escena y van directamente a la contemplación. La *lectio divina* es previa, la hacen cada día «nuestros amigos». Fíjense, por ejemplo, en el primer misterio glorioso: «¡Ha resucitado!». Así comienza el texto de Santa Isabel. Los textos bíblicos están dentro del alma, y la mirada, sin más preámbulos, va directa a Cristo glorioso. En Santa Isabel, el Autor toma consigo al lector y, juntos, contemplan directamente los misterios. Son los dos niños amigos que protagonizan literariamente *Santo Rosario*. Las escenas no son propiamente narradas sino vividas desde

dentro y contempladas. Esta sería, como ha explicado con tanto rigor el profesor Garrido, la estrategia narrativa que forma parte del «tirón» de Santa Isabel. No hay estrategia previa, pero hay una estrategia en la narración. Cuando san Josemaría hablaba del «tirón», quería decir –es obvio– que el texto lo había escrito «todo seguido» en esta iglesia en la que estamos. Pero ahora, cuando se lee ese «tirón» y se palpa su sencilla inmediatez a lo divino, se tiene la impresión de que en realidad era el Señor el que «tiraba» del Autor. Ahora, los nuevos textos de Minerva nos ayudan a todos, a los cientos de miles de lectores de este pequeño libro, a situarnos bien en la *escena* para meternos dentro mejor y contemplarla como en el *tirón* de Santa Isabel.

Un último punto antes de acabar. Por el imponente elenco bibliográfico que preparó Constantino Ánchel para la edición crítica, supe que Romano Guardini había escrito un libro sobre el Rosario, que desconocía y que, lógicamente, me interesaba conocer. Guardini era uno de mis autores preferidos desde que leí, en mis años juveniles, su magna obra *El Señor*, publicada por Rialp en los años cincuenta del pasado siglo, con un tan fuerte impacto en nuestra cultura.

Me interesó que Guardini hubiera escrito un libro sobre el Rosario. Este gran teólogo, un hombre clave para entender la cultura católica del siglo XX, publicó en efecto un pequeño libro, como suelen ser siempre los libros sobre el Rosario. Se titula *El Rosario de Nuestra Señora*. Sumamente interesante, profundo, *guardiniano*. Lo terminó en Berlín el año 1940 y fue publicado ese mismo año en Würzburg (recientemente ha sido traducido al castellano). Estamos, por tanto, siete u ocho años después del *Santo Rosario* de san Josemaría.

Según nos cuenta el autor en el prólogo, hubo mucho esfuerzo, trabajo y meditación hasta llegar al texto publicado. Leo directamente a Guardini: «La idea básica de este escrito surgió hace más de treinta años» (tenía entonces cincuenta y cinco y, por tanto, había concebido la idea de escribir su libro a los veinticinco). «Desde entonces ha venido acompañándome durante media vida. A menudo intenté exponerla, pero no lo lograba. Los bocetos se quedaron sin desarrollar. Este último acabo de terminarlo, pero tampoco sé si está realmente conseguido».

Traigo aquí la experiencia de Guardini por el contraste psicológico y metodológico con la *sentada* de san Josemaría. No puede ser más clamoroso. Guardini sigue escribiendo:

Cuanto más vive uno, más claramente ve que las cosas sencillas son las verdaderamente grandes. Por eso, son también las más difíciles de dominar. La tarea más elevada de un escrito espiritual debiera ser sin duda

hablar de Dios de tal modo que el corazón humano lo entienda de inmediato. Pero ¿quién puede hacerlo? El Rosario es algo muy sencillo. Por eso debiera hablarse de él con la máxima simplicidad. El lector debería tener la sensación de que es tomado de la mano y llevado a un ámbito de vida que desborda serenidad...

Y agregaba, con sencilla humildad: «Para esto no me siento preparado. Pero he intentado sugerirlo con ideas. Ojalá que, al menos éstas, sean verdaderas y útiles».

Lo son ciertamente, digo yo ya por mi cuenta: profundas y piadosas. Pero esa simplicidad que el corazón humano entiende de inmediato y que anhela Guardini es, sin duda, lo primero que salta a los ojos cuando se lee este *Santo Rosario* que se escribió, hace ochenta años, en esta iglesia del Real Monasterio de Santa Isabel. Muchas gracias a todos.

#### INTERVENCIÓN DEL CARDENAL ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA\*

Muchas gracias a los tres profesores que han presentado el libro desde el punto de vista más técnico, aunque también muy vivo, de conocedores de la obra, de conocedores del método de trabajo científico que se ha seguido a la hora de elaborar el libro, porque nos han ayudado, seguramente a todos, a todos ustedes, a conocer mejor ese libro decisivo en la historia espiritual de san Josemaría, *Santo Rosario*.

Visto desde mi perspectiva como arzobispo de Madrid, debo subrayar que estamos en la presentación de un libro en Madrid, en la iglesia donde nació el libro, que además está escrito por un santo que fue sacerdote del presbiterio de Madrid. Comprenderán que se me ocurran muchas cosas... Quizá, en primer lugar, que este volumen de la edición crítica no parece, a primera vista, tan sencillo de leer como el librito que escribió san Josemaría ahí, junto al presbiterio de esta iglesia.

La cuestión es: ¿Por qué y para qué una edición crítica tal como se presenta en este volumen? No puedo sino elogiar grandemente la iniciativa y el método seguido, que es un método de calidad científica indiscutible. Pero a la vez lo sitúo en el contexto de la vida de la Iglesia en el año 2011.

Se podía haber hecho una edición más de las tantas realizadas de *Santo Rosario*, desde la primerísima del año 34, la normativa del 45, la del 52, la del 72,

\* Se reproduce literalmente su intervención oral.

etc. ¿Cómo hacer la de 2011? Pues como un folleto, quizá con otras ilustraciones distintas de las del Borobio de la primera hora, con dibujos modernos, más o menos comprensibles para el lector, y una introducción más o menos adaptada a la situación de la Iglesia y del Vaticano II, contrastada con la doctrina sobre el Rosario de los últimos Romanos Pontífices, que es bien rica, bellísima, y con citas de Benedicto XVI. Quizá con esto ya bastaba, y de algún modo se hubiera dado respuesta a la necesidad de volver a usar el libro como el libro sobre el Rosario en la piedad espiritual personal, de los grupos, etc., y no solo de los fieles de la Prelatura sino más allá, en todos los ámbitos de la Iglesia.

¿Qué utilidad tiene, por lo tanto, una edición en la que se estudia no solo la gestación y la evolución del texto desde esa primera *sentada* aquí, en Santa Isabel, hasta los últimos añadidos por el autor y las ilustraciones del libro, dando lugar a este grueso volumen que tienen ustedes en la mano?

No se han limitado los autores a hacer un estudio del texto desde el punto de vista estrictamente formal, sino que han colocado la evolución del texto en los momentos precisos de la vida del santo: con las circunstancias personales –las más íntimas y espirituales– y con los reflejos pastorales y apostólicos que el Rosario tenía en su vida. De manera que, para mí, el manejo del libro me ha resultado extraordinariamente interesante. Interesante, ante todo, por la forma de hacer la edición del texto crítico, situando la depuración del texto en la vida del santo. A lo largo de su trabajo, los autores explican por qué añade san Josemaría Escrivá de Balaguer frases en la edición del 45, o en la del 52, por qué cambia la introducción, por qué agrega otro texto en los años 70. Todo eso tiene que ver con la vida de san Josemaría, con la vida de la Prelatura del Opus Dei, y con la vida de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo.

Es una edición, por tanto, que sitúa críticamente el libro en el tiempo de san Josemaría. Es un tiempo bien apasionante. Todos, para venir esta tarde a Santa Isabel, hemos tenido que superar una manifestación no sé de qué, que nos ha impedido llegar pronto aquí, pero ¿cuáles serían las manifestaciones del año 31? Él dice que un día que salía de aquí, de la iglesia, intentaron agredirle tres mozos, o tres lo que fuesen, o tres rufianes, que es una palabra muy madrileña. ¿Qué manifestaciones habría vivido él? Por ejemplo, las de abril del 31, la explosión de Madrid y de la República, ¡en fin!... Porque *Santo Rosario* se escribe en un día de la novena de la Inmaculada del año 1931. Ya se habían celebrado por tanto las primeras elecciones, después del cambio hacia la República: se estaba ya elaborando la Constitución con el artículo 24, verdaderamente hostil a la Iglesia –por no usar expresiones más duras–, incompatible con el derecho a la libertad religiosa, que era ya reconocido en

otros ordenamientos constitucionales de la época, por ejemplo la Constitución de Weimar del año 1919, después de la Primera Guerra Mundial, etc.

Se sitúa el nacimiento del libro en un momento de la experiencia de un joven sacerdote, que trabaja en Madrid con jóvenes estudiantes, que antes ha sido capellán de un colegio de niños y de niñas, y que le sale del corazón escribir un texto de los misterios del Rosario, porque eso es lo que es el libro, y que lo quiere poner a disposición de aquellos a quienes dirige espiritualmente, a quienes conduce espiritualmente y quiere llevar a la conversión personal, y a un estilo de vida marcado por la presencia, por la necesidad de hacer transparente a Cristo a aquella sociedad ya tan tremendamente inquieta, turbulenta y apasionada hasta la violencia, como conocemos y sabemos por la historia. Tener en cuenta esa circunstancia ayuda a valorar el libro y a valorar también su estilo. Yo creo que es un estilo que también vale para el año 2011. Antes, el profesor Miguel Ángel Garrido Gallardo nos decía que el lenguaje es de los años treinta, pero yo lo leo y me parece muy bien para hoy. En el año 2011 se entiende perfectamente. Tiene una carga de emoción y de nota cordial que es patente, pero creo que rima bien con el fondo de los problemas de la juventud de ahora. ¿Quizá más que con los de la juventud de hace treinta años? No lo sé. Pero yo creo que rima muy bien con la de hoy. Yo creo que se puede poner en las manos de cualquier chico o chica de nuestros grupos, de los que van a la Jornada Mundial de la Juventud: antes, durante y después; y les ayudará, les hará mucho bien.

Después, si uno va situando la edición de 1945, a punto de terminar la Segunda Guerra Mundial, con miedo en España a que la hubiesen invadido los nazis, miedo, después, a que la pudiesen invadir, en términos bastante eufemísticos, los aliados, palabra que comprendía un conjunto de realidades políticas y militares no siempre inspiradas en los más nobles ideales de los derechos humanos, si recordamos la figura de Stalin o de la Unión Soviética. En ese contexto, el autor añade un prólogo en el que se refleja también su inquietud y su preocupación por la respuesta de la Iglesia a aquel momento histórico. Luego vendrían las ediciones posteriores.

*Santo Rosario* es un librito, un folleto, una guía espiritual para rezar el Santo Rosario, que refleja la personalidad de san Josemaría, que pone de manifiesto sus métodos de trabajo apostólico y pastoral, y que es una especie de rúbrica de la fecundidad de ese método, de ese trabajo y de la personalidad de este santo sacerdote.

La edición crítica está muy bien, y debe ser usada, sobre todo, por los que tienen responsabilidades educativas, pedagógicas y pastorales. Porque



además, el texto de *Santo Rosario* está muy bien destacado, en un recuadro en cada página, que facilita leerlo. Es difícil portar el libro, porque pesa; y además, ahora, porque está la moda de no leer sino de escuchar con aparatos electrónicos... Pues no, se debe acudir al libro. A ti, si eres profesor de religión, si eres sacerdote, la edición crítica te ayudará a explicar la obra, a iniciar en la oración, una oración contemplativa, muy cristológica, muy directa, muy necesaria, muy central en la vida cristiana de siempre y, en la vida cristiana de hoy, más todavía.

Esto vale también de manera fuerte para España. España ha sido siempre un país «originario» de la fe. De esa fe que llegó a estas tierras en los albores del cristianismo y se enraizó tan profundamente que ha ido forjando el espíritu, las costumbres, el arte y la idiosincrasia de sus gentes. Preservar y fomentar ese rico patrimonio espiritual, no sólo manifiesta el amor de un país hacia su historia y su cultura, sino que es también una vía privilegiada para transmitir a las jóvenes generaciones aquellos valores fundamentales tan necesarios para edificar un futuro de convivencia armónica y solidaria.

El Santo Padre Benedicto XVI, en el libro-entrevista *Luz del mundo*, se refiere a los españoles diciendo que parecen llevar en las venas la vitalidad de la fe. Y poco antes, en el avión que le traía a Santiago de Compostela, dijo que «el renacimiento del catolicismo en la época moderna ocurrió sobre todo gracias a España», con grandes figuras de la santidad como san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Ávila y san Juan de Ávila, «que han renovado el catolicismo y conformado la fisonomía del catolicismo moderno». Pues bien, yo ahora quiero subrayar que esa historia moderna de la Iglesia, que no ha terminado y podríamos llamar también posmoderna, está muy centrada en la espiritualidad cristológica, es decir, en la Persona del Señor. San Ignacio de Loyola fundó la compañía *de Jesús*, Santa Teresa se llamó *de Jesús*, y así, hasta hoy mismo, y san Josemaría Escrivá de Balaguer escribe, aparte de *Camino* y de *Santo Rosario*, un libro que se llama *Es Cristo que pasa*.

Pues bien, el uso del libro *Santo Rosario* para la educación cristiana de los niños y adolescentes de nuestro tiempo, para la espiritualidad de los jóvenes de hoy, para el rezo del Rosario y la vida de oración de la familia, y para la vida de oración de la Iglesia en los distintos ámbitos pastorales, es extraordinariamente útil y fecundo. Será fecundo. Y la edición crítica es un servicio a esta tarea.

Hay que felicitar a los autores por darnos a conocer cuál fue el texto exacto que salió de las manos y de la mente del autor y cuál el desarrollo que el autor dio al texto; y por el paso ulterior con el fin de introducir los cam-

bios, verlos en la vida del autor y proyectarlos hacia el presente y el futuro. Era difícil hacerlo, pero creo que realmente está muy lograda esta edición crítica de *Santo Rosario*.

Felicito también al Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, y le animo a que continúe con la edición de los demás libros. Porque ofrecen, además del resultado inmediato, otro: son de mucho valor para escribir y conocer la historia de la Iglesia, y la historia de la Iglesia contemporánea, hasta casi anteayer. Y esto es muy importante para la vida de la Iglesia del presente y del futuro.

Esta presentación tiene lugar en una iglesia. No es el momento de rezar el Rosario. Pero sí podemos concluir la sesión leyendo, rezando y reviviendo un texto del libro de san Josemaría. Vamos concretamente a leer despacio, acompañándolo con una intención orante, su comentario al segundo misterio gozoso, que es el de la Visitación:

Ahora, niño amigo (*¡niño amigo!*), ya habrás aprendido a manejarte. –Acompaña con gozo a José y a Santa María... y escucharás tradiciones de la Casa de David:

Oirás hablar de Isabel y de Zacarías, te enternecerás ante el amor purísimo de José, y latirá fuertemente tu corazón cada vez que nombren al Niño que nacerá en Belén...

Caminamos apresuradamente hacia las montañas, hasta un pueblo de la tribu de Judá.

Llegamos. –Es la casa donde va a nacer Juan, el Bautista. –Isabel aclama, agradecida, a la Madre de su Redentor: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! –¿De dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?

El Bautista nonnato se estremece... –La humildad de María se vierte en el Magnificat... –Y tú y yo, que somos –que éramos– unos soberbios, prometemos que seremos humildes.

¡Buena promesa!

¡Muchas gracias y felicidades!